

Eikón Imago

e-ISSN: 2254-8718

Aznar Almazán, Yayo. *Miradas políticas en el país de las fantasías*. Madrid: Akal, 2019 [ISBN: 978-8446047346].

“A veces hacer algo, conduce a algo”

Recuerdo haber visto un vídeo en que un hombre empujaba, por el centro de México D.F., un gigantesco bloque de hielo que, con el paso del tiempo y el calor se convertía en un pequeño cubito al que terminaba pateando. Se trataba de la obra de Francis Alÿs, “A veces hacer algo no conduce a nada” (1997). He olvidado los detalles del vídeo, pero nunca su título, contundente oxímoron de lo que enuncia. Porque, a veces, hacer algo (incluso hacer arte), conduce a algo. Conduce al menos, como en este caso, a inscribir en la vida de algunas personas una reflexión sobre la futilidad, sobre los encarnizados esfuerzos de, por ejemplo, la sociedad mexicana, por mejorar su cotidiano, que no le dejará nunca.

Y es esta posibilidad –la de que hacer algo (hacer arte), a veces conduzca a algo– la que Yayo Aznar recoge y rescata una y otra vez a lo largo de *Miradas políticas en el país de las fantasías*. Admitir esa posibilidad, y defenderla, ha dejado de ser una afirmación banal para convertirse en un enunciado casi revolucionario en un presente, el nuestro, que no se cansa de proclamar el surgimiento de una mirada “desinteresada” (o distraída, con Benjamin y Bück-Morss como los recupera la autora) causada por el inagotable bombardeo de imágenes. Una idea –ésta, de que la saturación de imágenes nos imposibilita pensar o sentir con ellas– con la que nos bombardean todavía más que con las propias imágenes y frente a la cual el libro de Yayo Aznar lanza un reto: mostrar cómo todavía algunas imágenes, –algunos gestos, algunas obras– encierran la posibilidad de desestabilizarnos, de afectarnos e, incluso, de “asediarnos”



(p. 30) o “desanestesiarnos”. Para ello el texto se aferra a obras que nos obligan a alzar la mirada, y miraras, y, sobre todo, a “aceptar el reto que supone el mantenimiento de la mirada devuelta” (p. 144).

Este es el reto que la autora acepta y lanza y lo hace a través de una excelente selección de obras que muestran no sólo que el arte nos afecta, sino que puede, también, hacer nuestra mirada más fuerte, sin consolarnos. Y lo hace trazando al tiempo dos historias: una historia del arte -que no de la política- que nos toca, y la historia de una estética que, desde Kant, se ha debatido en una batalla entre una teología negativa, en una defensa de un arte pretendidamente puro y autónomo y la necesidad de crear un arte manifiestamente político. Una batalla que *Miradas políticas...* narra sin simplificar y desvelando las implicaciones, también políticas, de ambas posturas. Un debate que culmina con la tradicional oposición Benjamin-Adorno a partir de la cual la autora nos instala en la asunción de unas nuevas políticas de la mirada.

Una mirada que trasciende la mera descripción de la historiografía artística y que supone una reflexión estética –situando la estética en su ámbito original, el de la realidad– de la mano ante todo de Žižek y Bück-Morss, de nuestro cotidiano, de nuestro *país de las fantasías*. Las obras que se recorren en este texto son más que un camino por la historia de un arte (otro), permitiendo recorrer esa realidad, cuestionarla y cuestionar nuestro propio modo de mirar y las posibilidades que nos quedan, aún, de que nuestra mirada no sea sólo un arma para “bloquear la realidad” (p. 69) sino que sea una mirada fortalecida, que no redima lo real, ni lo bloquee y que pueda salir, como decía, fortalecida.

Cuando miramos con la autora, por ejemplo, a los refugiados chechenos a quienes Santiago Sierra debió pagar en secreto en el año 2000 por permanecer escondidos en cajas de cartón su propia invisibilidad nos hace ver el contexto, más bioeconómico que biopolítico, que ha generado su exclusión y su invisibilidad. Nos permite cuestionar algo que se nos ha repetido incansablemente –como incansablemente se nos ha repetido que en nuestro mundo saturado de imágenes éstas han perdido la capacidad de afectarnos–, que vivimos en un mundo sin ideologías, en que sólo existen las “prácticas”, y que nos permite intuir, con Althusser, que “la idea del posible fin de la ideología es una idea ideológica por excelencia” (p. 78).

Y en esta intrincación entre una mirada política y unas obras que, no se cansa de repetirlo la autora, no son política, es donde el libro de Yayo Aznar nos muestra las posibilidades del arte para abrir “nuevas posibilidades políticas para la percepción” (p. 32), para reforzar nuestra mirada y para hacerlo, incluso, en los tan desprestigiados lugares clásicos del arte. Que también en un museo podemos volver a activar imágenes que ya habíamos juzgado ineficaces, como la del niño Mohamed Al Durra en la segunda intifada, a través del *Rompecabezas* de Khaled Hourani (2010). Que los lugares del arte no desactivan necesariamente las obras porque siguen siendo un lugar que provoca expectativas, como muestra el hecho de que, tras la lectura del texto, tras la visualización de ciertas obras no podamos quitarnos de la cabeza ciertas ideas, como que “las migas también son el

pan”, o que “el trabajo es la dictadura”. Que no podemos olvidarlas porque, como nos muestra Aznar, a veces, “nuestro *ver* se inquieta”, y “Eso es lo que saben hacer las imágenes del arte. Nada más que eso y nada menos que eso” (p. 31).

Mónica Alonso Riveiro
Universidad Nacional de Educación a Distancia
malonso@geo.uned.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0678-8583>